

Los Predicadores y la Predicación – Una Reseña

Dub McClish

En épocas pasadas Dios llamó a los hombres a predicar Su Palabra por medios inmediatos y/o sobrenaturales. Él aparentemente reclutó e inspiró a todos los profetas del Antiguo Testamento (Éxodo 3:10–4:17; Jeremías 1:4–10; Ezequiel 2:1–7; Oseas 1:1; Jonás 1:1–2; et al.). El Señor escogió y encargó a los doce sus deberes de predicación directa e inmediatamente, si no sobrenaturalmente. El llamado de Saulo de Tarso fue tanto inmediato como sobrenatural (Hechos 26:13–20).

Dios ya no llama ni comisiona a los hombres para que le sirvan. Tampoco los inspira, a pesar de las afirmaciones de algunos. Todavía llama a los hombres a servirle como predicadores del Evangelio, según sus habilidades e inclinaciones, pero a través de Su Palabra (Mateo 25:14–30; 1ª Corintios 4:1–2; 2ª Corintios 4:7; 5:10; Gálatas 6:5–10; 1ª Pedro 1:17; et al.). Los hombres tienen la misma responsabilidad y obligación de usar las habilidades que Dios nos dio y cultivamos personalmente, como la tuvieron aquellos que fueron llamados y dotados por medios sobrenaturales.

Las Recompensas de la Predicación

Un hombre que está totalmente dedicado a Dios y a Su Palabra no encontrará un trabajo de vida más gratificante que predicar el Evangelio. No hablo de recompensas monetarias, porque el Señor sabe (al igual que la mayoría de los que han predicado durante mucho tiempo) que muchas congregaciones aún esperan el máximo trabajo por el pago mínimo. Para ser justos, los hermanos han aumentado considerablemente en la remuneración de sus predicadores durante los últimos cuarenta años. Sin embargo, algunos que exigen un salario y beneficios generosos por sus labores todavía se niegan a ejercer la “Regla de Oro” hacia el predicador y su familia.

Los únicos predicadores entre nosotros que conozco que están cosechando grandes recompensas financieras por predicar son aquellos que han vendido sus almas para predicar un mensaje castrado a congregaciones liberales y apóstatas. Sé de casos en los que tales hombres están siendo recompensados por predicar errores que condenan el alma con salarios anuales de \$100,000 y más. No estoy defendiendo que los predicadores deban aspirar a tales salarios, ni que tales salarios sean innatamente malos. Sin embargo, hay algo más que distorsionado aquí. Los falsos profetas son recompensados con el rescate de un rey por predicar tonterías y apaciguar a los sectarios, mientras que cientos de hombres fieles luchan financieramente mes a mes para

continuar teniendo el maravilloso privilegio de predicar la Verdad.

La gran recompensa por predicar fielmente la palabra es ver el poder del Evangelio en los corazones de los pecadores que escuchan, creen y obedecen para su salvación. Se encuentra al ver a esos niños—y también a los santos mayores—crecer y madurar y hacer segura su vocación y elección. La recompensa está en saber que habrá almas en el Cielo que no estarían allí si no fuera por su obra. Por supuesto, existe esa gran y final recompensa que será suya además de todas las demás.

La Principal Piedra de Trepiezo de los Predicadores

Con todo lo que uno podría decir acerca de los privilegios, recompensas y satisfacciones de la predicación, está llena de algunos riesgos y tentaciones peculiares. Todos los cristianos enfrentan tentaciones. Sin embargo, algunos de estos riesgos se intensifican por la naturaleza misma de la obra de predicar: permanecen algo constantes. Quizás el principal de ellos es el peligro de sucumbir al orgullo, la arrogancia, el egoísmo y la vanidad.

Cuando Dios llamó a Jeremías, dudó. Trató de excusarse por falta de capacidad para hablar y porque era un “niño” (Jeremías 1:7; cf. Éxodo 3:10–4:12). Algunos condenarían la duda y las excusas de Jeremías. Sin embargo, en lugar de criticarlo por su reticencia, ¿no deberíamos elogiarlo por su humildad y modestia? No estaba tratando tanto de evitar hacer lo que Dios le ordenaba, sino que se preguntaba en voz alta cómo podría lograrlo, conociendo sus propias limitaciones.

Difícilmente hay un rasgo de carácter que sea tan propio de la personalidad humana como la humildad. Esto es especialmente así en los predicadores. Había predicadores egocéntricos en el primer siglo de los cuales Pablo escribió—ellos “...predican a Cristo por envidia y contienda; pero otros de buena voluntad” (Filipenses 1:15). Lamentablemente, no están extintos. El orgullo es una tentación de especial severidad para los predicadores porque están constantemente a la vista del público. La gente a menudo les hace preguntas, busca su consejo y los alaba. Un predicador puede comenzar a creer todas esas cosas buenas que la gente puede escribir o decir sobre él. (¡Por supuesto, su esposa y algunos de los hermanos pueden ayudarlo a mantenerse en contacto con la realidad!).

Pocas cosas son más repugnantes para las personas que piensan con cordura que un predicador que se envanece con su propia capacidad, educación, influencia o importancia. Estoy convencido de que el orgullo es lo que ha llevado a algunos a abandonar la Verdad y adoptar el pluralismo teológico. También estoy convencido de que algunos han adoptado (y continúan

propagando) herejías extrañas y peculiares para alimentar un ego hinchado. Luego están los hermanos que han alcanzado grados avanzados (muchos de los cuales están en las facultades de “nuestras” escuelas) y que miran con sus narices de “torre de marfil” a nosotros, compañeros “no eruditos” que no tienen más sentido que dedicar sus vidas estudiar y predicar la Biblia. Estos autoproclamados “eruditos” se encuentran entre los líderes en el esfuerzo decidido por corromper a la iglesia del Nuevo Testamento. En su orgullo, no pueden tolerar que sus pares académicos denominacionales los acusen de ser “estrechos” en sus conceptos de compañerismo, las condiciones del perdón, la adoración y temas similares. Nadie de quien yo sepa es crítico o celoso de la verdadera erudición o de los eruditos, pero cualquier hombre que haya aprendido tanto que pueda mejorar el patrón Divino de Dios no es un erudito, independientemente de cuántos títulos haya obtenido.

Uno no tiene que ser un pastel de frutas doctrinal, un liberal teológico o alguien educado más allá de su inteligencia para caer presa del orgullo. Los fanáticos de la verdad doctrinal también pueden sucumbir a este rasgo mortal. Algunos parecen no estar contentos con dejar que la los mejores ganen. Los inmaduros permiten que la ambición los impulse a buscar abiertamente una posición y prominencia que han llegado a otros solo a través de décadas de trabajo fiel y sacrificial. Conozco a un hombre de extraordinaria capacidad e intelecto que una vez predicó el Evangelio. Tenía una ambición casi ilimitada que no podía soportar ser superada, ni siquiera en un juego de mesa. Siempre que se le corregía, tenía alguna excusa o argumentación. Jugaba con aquellos a través de los cuales esperaba obtener alguna ventaja, mientras trataba con rudeza y/o condescendencia a aquellos que consideraba inferiores (especialmente niños y mujeres, incluida su esposa). Ansiaba atención y se volvía odioso al buscarla. Sabía todas las respuestas. Hizo todo lo posible para impresionar a la gente (en el púlpito y en el salón de clases y a nivel personal) con su conocimiento superior. Era insistente, egoísta y descarado y con frecuencia alababa sus propios talentos. Buscó especialmente el favor de las mujeres. Con el tiempo destruyó su hogar, su reputación y la gran obra que podría haber hecho como predicador del Evangelio. No hubo posibilidad de que alguna vez se reconociera en la descripción anterior, era demasiado vanidoso para hacerlo. El consejo de Salomón en Proverbios 27:2 es especialmente valioso para todos los que predicar: “Alábetelo el extraño, y no tu propia boca; El ajeno, y no los labios tuyos.”

Hace unos años, algunos amigos me dijeron que un predicador que asistía a unas conferencias preguntaba: “¿Cómo obtienes una invitación para hablar en una de estas conferencias?” ¡Aparentemente tenía muchas ganas de hablar en una! Como director conferencias,

varios hombres a lo largo de los años se me recomendaron y me ofrecieron sus servicios como oradores. Casi siempre les he dado las gracias cortésmente y no los he invitado. Estos hermanos me recuerdan a un joven líder de canto de doce años que trata de dirigir el himno “Cántico nuevo” cada vez que se levanta o a un nuevo converso que quiere comenzar un estudio de Apocalipsis en el vestidor del baptisterio.

Puede que no tengan una serie de títulos después de sus nombres, que sean bien conocidos o que sean los más grandes oradores, pero aquellos que predicán la Verdad de Dios con humildad y con gran sacrificio porque preferirían morir antes que comprometerla son, no obstante, grandes a los ojos de Dios, aunque todos los hombres los odien.

“Porque el que se enaltece será humillado, y el que se humilla será enaltecido” (Mateo 23:12). Jeremías era un hombre así. El hombre orgulloso pregunta, cuando se le impone una gran responsabilidad: “¿Por qué ha esperado tanto para llamar?” El humilde servidor, como Jeremías, pregunta: “¿Cómo es posible que alguien con una habilidad tan mala esté a la altura de esta tarea?” ¡Ningún traje le queda mejor a un predicador del Evangelio que el traje de la humildad! Cultivemos el hermoso y encomiable rasgo defendido en Romanos 12:3:

Digo, pues, por la gracia que me es dada, a cada cual que está entre vosotros, que no tenga más alto concepto de sí que el que debe tener, sino que piense de sí con cordura, conforme a la medida de fe que Dios repartió a cada uno.

Un poeta desconocido podría haber tenido en mente a Jeremías en el siguiente verso:

¡Cuán listo está el hombre para ir
Al cual Dios nunca ha enviado!
¡Qué timorato, tímido y lento,
¡El instrumento elegido por Dios!

[Nota: Escribí este manuscrito y apareció originalmente en “Editorial Perspective” en la edición de marzo de 2000 de *THE GOSPEL JOURNAL*, del cual yo era editor en ese momento.]

Atribución: Tomado de *thescipturecache.com*; Dub McClish, propietario y administrador.

[Nota: esta MS esta disponible en letra mas grandee en nuestra pagina de Espanol.]

Traducido por: Jaime Hernandez.